

Lorenzo Barreras

VUELO XC247

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: María Paula Martínez

© 2019, Lorenzo Barreras
© 2019, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8184-5
ISBN 10: 958-42-8184-4

Primera edición impresa en esta colección: septiembre de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

FUERA DE ÓRBITA ●

CAPÍTULO 1

¿DÓNDE ESTOY?

Estaba adolorido y no podía abrir los ojos. Trataba de encontrar algo de donde agarrarse para levantarse del suelo mojado, pero no encontraba nada.

—¡Mamá!, ¡dónde estás!, ¡ayúdenme! —gritaba tratando de conservar la calma y no llorar, pero nadie respondía.

Después de unos minutos empezó a recobrar fuerzas y logró ponerse de pie, aunque aún no podía abrir los ojos. Empezó a caminar a ciegas con la esperanza de encontrar a alguien que lo ayudara mientras gritaba lo mismo una y otra vez:

—¡Ayuda!, ¡no sé qué me pasó!, ¡no recuerdo nada!

Pasadas tres horas estaba empezando a darse por vencido, hasta que escuchó a lo lejos a alguien que gritaba. No reconocía la voz pero empezó a correr directamente hacia ella. Corrió por metros y metros que parecieron kilómetros y no sentía que se estuviera acercando, pero aún escuchaba la voz. Más cerca entendió la frase que se repetía una y otra vez:

—¿Hola?, ¿hay algún sobreviviente?

—¡Sí!, ¡ayuda!, ¡aquí estoy! —contestó exhausto pero no hubo respuesta.

De un momento a otro empezó a sentir calor, como si algo se estuviera incendiando. Siguió corriendo, cada vez hacía más calor, intentaba no desmayarse pero fue inútil. Cayó al suelo.



Despertó y abrió los ojos por primera vez después de lo que pareció mucho tiempo, pues no recordaba mucho. Lo primero que vio fueron los enormes árboles que lo cubrían, giró un poco la cabeza y se dio cuenta por qué estaba tan acalorado, avistó lo que le pareció la cuarta parte de un avión incendiándose con un rastro de destrucción detrás, pero no había señales del resto.

Lo único que recordaba era la cara de su mamá. Ni su nombre ni el de ella, solo su cara. Sin percatarse del riesgo de que explotara entró al pedazo de avión en búsqueda de respuestas. Recorrió silla por silla buscando por lo menos el cuerpo de su mamá. Casi todo estaba vacío, pero a la distancia vio una luz en una de las sillas: era un reloj que brillaba con el reflejo del sol. Le parecía conocido, era de su mamá, lo recordó en su muñeca mientras cerraba la maleta del viaje antes de subir a la aeronave.

Al lado del reloj había un bolso del que salían dos tiquetes que decían los nombres «Paola» y «Martín». Vino de repente una imagen a su cabeza. Era un recuerdo de él comprando el billete con su mamá, pero ahora ella no estaba, ni siquiera una parte de su cuerpo, solo el reloj y el bolso. Cada vez estaba más confundido.

Su nombre era Martín, salió del avión rápidamente y examinó el contenido del bolso, lo único que encontró fueron unas pastillas para el dolor de cabeza, el laptop de su mamá roto y una etiqueta para reclamar el equipaje. No tenía idea de por qué su mamá tenía estas cosas y, en realidad, en este momento solo le importaba tener un lugar seguro donde descansar y quizá dormir un poco, e incluso despertar de esta

pesadilla. Mientras caminaba pensaba: «un avión se estrelló conmigo adentro y estoy vivo ¡qué suerte tengo!» mas no tenía idea de cómo había quedado tan lejos del avión, ni cómo no se había golpeado con nada.

Empezaba a hacerse de noche y Martín estaba solo en el bosque. Se dirigía a una montaña que estaba a poca distancia de los restos del avión. Mientras caminaba veía como salía humo del sitio del siniestro y escuchaba como rugía el viento entre las nubes cargadas que presagiaban una tormenta. Todo eso lo distrajo de la caminata, para cuando se dio cuenta, ya era tarde, volteó la cabeza hacia la derecha y vio a alguien corriendo directamente hacia él.

Martín trató de escapar y evitar que lo que fuera o quien fuera se le echara encima, pero no alcanzó a reaccionar, lo atrapó, lo tumbó al piso y lo dejó inconsciente. Cuando despertó vio un hombre sentado a su lado mirándolo fijamente. Tenía quemaduras en los brazos y en la cara, eran muchas; aparentaba entre treinta y cinco y cuarenta años. Estaban en una cueva y afuera se desataba una tempestad.

—Por fin despiertas —dijo el extraño.

—¿Q-q-quié eres? —preguntó tartamudeando.

—¡Soy tu peor pesadilla! —gritó para asustar a Martín, pero luego añadió—: Claro que no, tranquilo, soy uno de los sobrevivientes del choque, me llamo Pablo, ¿y tú?

—Yo soy Martín... ¿cómo así que uno de los sobrevivientes?, ¿hay más?

Pablo se vio sorprendido cuando Martín le dijo su nombre. Se quedó pensando y no respondió la pregunta, se veía un poco triste y parecía que tenía culpa.

—¡Oye!, ¡en qué piensas!

—¿Qué?, no... nada... no sé si hay más sobrevivientes, aunque la parte delantera no sufrió tantos daños —Pablo actuaba algo raro.

—¡Pero el avión se incendió!

—Eso fue después del choque —replicó Pablo.

—¿Cómo que después?, ¿qué lo prendió en fuego?

—Bueno, una de las turbinas si se prendió en fuego mientras caía, pero se separó junto con la parte de atrás del avión que no sé dónde está —explicó Pablo.

—Pero no respondiste mi pregunta: ¿qué hizo que el avión se quemara?

—Fue la lluvia —contestó Pablo.

Martín empezó a creer que ese hombre estaba loco, pero cuando iba a salir de la cueva para tomar algo de aire Pablo le gritó: —¡No!

—¿Qué? —preguntó Martín confundido—, ¿no qué?

—¡No salgas a la lluvia!, ¡eso fue lo que me hizo estas quemaduras!

Martín aún creía que había perdido la cabeza o que simplemente era mentira.

—La lluvia, donde quiera que estemos, es una clase de ácido que quema las cosas, pero por alguna razón quema algunas y otras no. Por ejemplo, no daña las rocas, ni los árboles, ni el piso... pero si quema animales y humanos. También quema las cosas creadas por el hombre.

—¿Y cómo sé que no es mentira?

Pablo cogió un conejo que estaba ahí a su lado, dentro de la cueva junto con muchos otros animales, y lo tiró afuera. Se le

empezó a quemar el pelo, luego su piel se tornó roja hasta que el animal cayó. El conejo no volvió a levantarse mientras que lentamente se incineraba.

—¿Me crees ahora?

—Ajá —contestó aterrizado, mirando lo que quedaba del conejo.

Martín estaba impactado por lo que vio. Giró la cabeza para decirle algo a Pablo y notó que afuera de la cueva no había nada, ni sangre, ni huesos... ¡no había nada!

—¡Por qué hiciste eso!, solo tengo catorce años, no debería ver un conejo incinerándose.

—Oh, ¿tienes catorce?... creí que tenías diez...

—¿O sea que si hubiera tenido diez también hubieras matado ese conejo delante de mí? —gritó Martín.

—Sí, necesitaba que me creyeras, de lo contrario te hubiera matado la lluvia al salir de aquí.

Martín recordó su edad por alguna razón y sin darse cuenta. Él estaba agradecido con Pablo pero no le gustó ver a un conejo calcinarse. Se fue a la parte de atrás de la cueva y le sorprendió lo amigables que eran los animales en ese lugar, no le hicieron nada ni los osos, ni los lobos que estaban ahí. Lentamente se fue acercando a uno de los osos hasta que lo tocó. Le encantaban los osos, pero nunca había tocado uno, y sin percatarse se estaba quedando dormido encima de un oso bebé.

La mañana siguiente Pablo lo despertó susurrándole algo muy suave, pero Martín no escuchaba. Pablo señalaba al oso que seguía dormido, haciendo una clase de mímica incomprendible, pero se cansó de hacer ese espectáculo, así que cogió a Martín del brazo y lo haló lejos del oso.



—¡Ese oso te podría matar en cualquier momento! —dijo Pablo asustado.

—¡No es cierto! ¡todos esos animales son muy amigables y tú los incineras vivos! —respondió molesto Martín.

—Son amigables durante la lluvia ácida, pero cuando acaba su instinto despierta otra vez.

—¡Entonces salgamos de la cueva! —respondió Martín con un poco de miedo.

—No podemos... el piso está mojado con ese ácido —contestó Pablo.

—Pero ya no quema.

—¡Sí, sí quema!, cuando caí aquí el piso estaba mojado y me quemó toda la piel de la espalda.

—Pero cuando desperté sentí el piso mojado y no me pasó nada.

—Eso no es posible —dijo Pablo confundido.

Martín empezó a correr hacia afuera, Pablo trató de detenerlo pero él era más rápido. Cuando salió sus zapatos empezaron a quemarse. Trató de volver a la cueva pero a mitad de camino ya no tenía zapatos. Seguía ahí, sin sentir ningún tipo de dolor. Estaba muy asustado a pesar de solo haber perdido sus zapatos.

—Pero... ¿qué? —dijo Pablo dudando de sí mismo.

—¿Ves?, no hay nada de qué preocuparse, a menos que...

—¡Qué! —dijo Pablo asustado.

—A menos que te gusten mucho tus zapatos —dijo Martín tratando de poner algo de humor a la tensa situación.

Pablo lo miró con cara irónica y al tiempo temerosa. Salió de la cueva y sus zapatos empezaron a calcinarse, cuando el

ácido llegó a la planta de sus pies empezaron a arder, salía un montón de humo y el piso se volvió rojo. Pablo cayó al suelo y se quemó la parte derecha de la cara. Estaba aterrorizado y totalmente confundido, no tenía idea de lo que estaba pasando. Desmayado, Martín lo llevó dentro de la cueva tratando de no mirar su cara que estaba quemada casi por completo.

Cuando Pablo recobró el sentido empezó a hacer ruidos con la boca, no se le entendía nada por qué la mitad estaba deformada. Martín vio cómo metía la mano en su bolsillo lentamente, sacó una navaja automática, se la dio a Martín y le dijo muy suave, con un murmullo casi incomprensible:

—C-c-c-corre, s-s-sal de esta cueva o m-m-morirás... las f-f-fieras... ant-t-t-tes de q-q-q-que el piso se seq-q-q-que me.

Martín no quería dejarlo ahí porque sabía que iba a morir. Pensó por un segundo y salió corriendo sin dudar, lo abandonó. Mientras caminaba veía la navaja, tenía una fuerte y filosa hoja, aunque fuera poco se sintió seguro. Era una navaja de marca que obviamente no fue hecha en el bosque, mientras más lógica le ponía más se asustaba, era una navaja que para que llegara aquí la tendría que haber tenido en el avión en algún momento, pero ¿cómo la había logrado subir? Martín empezó a sospechar: tal vez el avión no se había caído si no que lo habían tumbado. Tenía que averiguarlo pero se sentía muy débil, primero debía comer algo o se desmayaría.

Al llegar al avión quedaba menos de una cuarta parte de lo que había visto quemándose la primera vez. De todas formas, entró rápidamente a la cabina y lo que vio le pareció más impactante que lo del conejo: el copiloto estaba en el piso pero no completo, su pierna izquierda estaba atrapada entre los

escombros del techo. Lo primero que Martín pensó fue que sobrevivió al choque, se había arrancado la pierna para salir de ahí y había muerto desangrado. El piloto estaba sentado en su silla con la cabeza sobre la caja de controles.

Al salir vio el carrito de comida tirado en el piso, había un pedazo de metal aplastándolo por la mitad, rápidamente fue hacia él e intentó abrir la puerta pero estaba trancada. Martín estaba frustrado, iba a cortar un pedazo de la puerta con la navaja pero no la encontró en sus bolsillos. Volvió a la cabina para ver si se había caído pero no estaba, al dar la vuelta, vio algo en el piloto que no había advertido antes: tenía una herida en el cuello que concordaba con el tamaño de la hoja de la navaja. Lo pensó por un momento y entendió que no había sido un accidente.

—¡Ese maldito las va a pagar! —dijo escupiendo las palabras con rabia.

Estaba perdido en un lugar extraño, no sabía nada de su madre y todo era culpa de Pablo, quien había matado al piloto por alguna razón inexplicable. Todo indicaba a que eso era lo que había pasado.

No pensó dos veces en ir a la cueva y matarlo si es que no estaba ya muerto, no sin antes preguntarle por qué lo había hecho, Pero necesitaba comer algo. Regresó hacia el carrito y encontró la navaja tirada debajo de una silla. Encontrarla lo alivió y le ayudó a pensar mejor en cómo abrir el carrito.

Revisó el otro lado y para su sorpresa no tenía ni puerta. Aunque furioso consigo mismo, sacó lo primero que encontró y se lo devoró, tenía tanta hambre que ni siquiera estaba seguro si sabía bien o no. Mientras salía Martín vio un hueco en

el piso que llegaba a la bodega, allí había una gran cantidad de comida enlatada. Al parecer, era parte de la carga del avión. Tomó una maleta que encontró cerca y reemplazó su contenido con el mayor número de latas que pudo.

Al terminar salió corriendo hacia la cueva con la intención de acabar con Pablo pero cuando llegó no estaba, no se sorprendió al ver que no había animales porque el piso ya estaba seco, pero no se esperaba no encontrar ni restos de Pablo. Empezó a sentir que todo iba en su contra, pensaba: «Primero el avión, luego mi torpeza con el carrito, y ahora no puedo vengarme de la persona que asesinó a mi mamá junto con el resto de la tripulación».

CAPÍTULO 2

AZUL

Habían pasado unas seis semanas desde la desaparición de Pablo. Martín seguía buscando por lo menos una prueba de que estuviese muerto. Vivía de la comida del avión, que ya no existía, pues se había terminado de quemar unos días después de encontrar sus reservas enlatadas. Comía una vez cada dos días para ahorrar, pero se estaba acabando, solo le quedaba para unos seis días más. Dormía en una choza hecha con palos y cubierta de hojas para que no se metiera el ácido.

Ya tenía una rutina diaria que consistía en levantarse a las siete y media (según el reloj de su mamá), salir de la choza a buscar comida, registrar árbol por árbol y cueva por cueva buscando a su mamá y a Pablo poniendo una marca de barro en los lugares que ya había revisado. Martín estaba aburrido de buscar a Pablo y de esa rutina, pero no tenía nada más que hacer y tal vez Pablo le podría aclarar unas cuantas dudas. También podría buscar las otras partes del avión, pero estaba seguro de que se habían terminaron de quemar.

Después de unos días de lluvia el piso de la choza se llenaba de ácido. El ácido que ya había caído no le hacía daño, pero Martín no estaba seguro si podía salir a la lluvia sin que le pasara nada, y no quería averiguarlo. Tenía que construir otra



choza cada vez que se inundaba, cuando construyó la primera no cayó en cuenta de que el agua se metía, la mitad de la comida se quemó y después la choza entera. Para las mudanzas, si es que así se le puede llamar, usaba la cartera de su mamá y la maleta para llevar la comida, la navaja y el reloj.

El último día que contaba con provisiones, mientras construía su nueva choza, vio una cueva a la distancia, cogió la cartera casi vacía, dejó su construcción y corrió directo hacia allá, era la misma cueva donde había estado con Pablo. Esa noche la temperatura bajó mucho, Martín no tenía nada con que cubrirse, empezó a ver que caían copos de nieve, solo que tenían algo peculiar: eran de color azul brillante. Si de algo estaba seguro, sin importar su pérdida de memoria, era de que la nieve no era azul. Quería tocarla, pero podría ser venenosa o algo por el estilo, así que contuvo las ganas. Se fue hacia la parte de atrás de la cueva y logró dormir a pesar del frío.

—¡Tus dedos!, ¡tus dedos!, ¡despierta! —escuchó Martín muy suavemente, pero lo ignoró pensando que estaba soñando.

—¡Despiértate! —Martín se levantó de un saltó y vio un niño pequeño mirándolo, con los brazos totalmente dentro de la camiseta.

—¡Tus dedos!

Martín no entendió hasta que vio su mano izquierda, tenía nieve azul en la primera falange del dedo corazón, se asustó y estaba a punto de quitarla con la otra mano cuando el extraño lo interrumpió: —¡No! ¡agita la mano hasta que se caiga!, ¡no la toques!

Martín obedeció asustado, cuando vio su mano notó que el dedo estaba azul, siguió agitando la mano, pero permanecía así.

—Es inútil —dijo el niño mientras sacaba sus brazos de la camiseta.

—¿Qué es est... —paró de hablar al ver que los brazos del niño estaban completamente azules.

—No sé qué es, solo sé que se esparce cada vez más rápido. A mí me cubrió todo el brazo derecho y cuando intentaba quitarla con el otro, también se manchó, ahora va por mi cuello. Tu tuviste suerte, son solo unos cuantos puntos en la punta de tu dedo. Dame tu mano.

—¿Qué?

—Dame tu mano —con unos guantes para dormir cogió unas hojas del piso y le envolvió el dedo índice y el anular.

—¿Por qué haces esto? —dijo Martín confundido.

—Es para que no toques tus otros dedos con el que está azul, eso hace que se esparza más rápido. Yo toqué mi pecho y mis piernas y por eso está tan avanzado.

—¿Si toco a alguien le pasa lo mismo?

—Creo que sí.

—¿Qué pasa cuando se termina de esparcir?

—¡No lo sé!, llevo el mismo tiempo que tu aquí, ¡no sé todo sobre esa nieve!

—¿Entonces por qué sabes todo lo que me acabas de decir?

—Porque me pasó anoche.

—¿Y por qué no cubres el dedo azul en vez de los que están al lado?

—Porque quiero ver qué tan rápido se esparce en ti.

—¿Por qué llegaste aquí?, y... ¿no te sorprendiste cuando viste un sobreviviente?

—Cuando desperté del choque estaba con alguien en esta cueva, al entrar creí que eras él. Me dijo que fuéramos a otra parte porque aquí no era seguro. Me explicó muchas cosas que no tengo ni idea cómo sabe. Cuando llegamos a otra cueva me dijo que me quedara allí, que iba a buscar algo en el avión y que pasaría unas noches aquí. Me explicó que no era seguro para mí y me dejó algunas cosas para que pudiera sobrevivir. Nunca regresó... haces muchas preguntas.

—¡Pablo!, ¿cómo es que no me dijo nada de esto? —empezó a hablar consigo mismo—. Si había otros sobrevivientes, ¿por qué no me lo dijo?

—¿Cómo sabes su nombre? —preguntó el niño confundido.

—Él estuvo conmigo un tiempo y luego me di cuenta de que era quien había causado el accidente.

—¿Qué?!

—Sí, él lo hizo con esta navaja —respondió Martín mientras la sacaba del bolsillo.

—Pero... ¿por qué lo haría?, él también estaba en el avión.

—No lo sé, pero lo voy a averiguar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el extraño.

—¿En serio?

—¿Qué?

—¿Te importa eso ahora?

—Sí, ¿yo soy David y tú?

—Martín —dijo volteando los ojos hacia un lado.

—¿Cuántos años tienes? Yo tengo once.

—¡Eso no importa!

—A mí me importa.

—¡Catorce!... creo —dijo desesperado—. ¿Cómo sobreviviste tanto tiempo solo?

—Igual que tú... supongo... es la única manera de sobrevivir aquí.

—¿Con la comida del avión? —dijo angustiado.

—No.

—¿Entonces?

—Cazando, Pablo me enseñó. Lo único que hay que hacer es buscar una cueva como esta, esperar a que llueva y cuando entre cualquier animal, lo cazas. Ni siquiera van a intentar escapar pero mientras no llueve, porque una ardilla podría matarte, eso también me lo dijo Pablo.

—Yo he estado sobreviviendo con la comida del avión, pero ya no hay más.

—Bueno —dijo David levantándose del piso—. Vámonos.

—¿A dónde? —respondió Martín sorprendido.

—Pues a donde he sobrevivido todo este tiempo... es mejor allá.

Martín no dijo nada, solo se levantó del suelo y siguió a David. A diferencia de Martín, él sí recordaba algunas cosas, pero no le dijo nada a nadie. Pasado un tiempo, por fin llegaron al lugar, se sorprendió al ver que era una choza parecida a las que él había hecho, solo que estas tenían un tronco en la puerta que evitaba que se inundara todo el tiempo.

—¿Cómo no había pensado en eso? —dijo Martín sintiéndose un bueno para nada.

—¿No se te ocurrió qué?

—Ponerle un tronco a la choza para que no se meta el ácido.

—¿Y tú no vivías en una cueva? A esa no se le mete el ácido.

—Yo no sabía que el ácido no se filtraba.

—¿En serio?, ¿no se te ocurrió?

—No... pero a ti tampoco.

—Me parece mejor estar sin animales y sin ácido —dijo mientras abría la puerta de la choza moviendo los cuerpos de conejos, pájaros e incluso el de un venado.

—¿Y tú qué?, ¿no tienes sentimientos?

—Sí pero creo que me importa más sobrevivir que mis sentimientos —dijo irónicamente—. ¿Tienes hambre?

—Tenía.

—Como quieras.

David cogió un palo con una roca en la punta que parecía una lanza y se la enterró a uno de los conejos. Martín estaba impresionado pero no dijo nada. Luego David sacó una roca con forma de tazón llena de ácido, metió el conejo por cerca de dos segundos y lo sacó rápidamente.

—Supongo que eso también te lo enseñó Pablo —dijo aterrizado.

—No, yo supuse que se cocinaría —respondió David mientras secaba con una hoja las gotas de ácido que seguían rostitando lo que quedaba del conejo.

Martín estaba mareado y no entendida como un niño de apenas once años podía ser tan cruel.

—Tengo que salir a tomar aire.

—Hay pobrecito el niño, le impresionó ver cómo cocinaba un conejito —dijo David burlándose con parte del conejo en su boca.

Martín salió de la choza y empezó a mirar cómo se oscurecía. Pasó tiempo viendo como el sol se perdía entre los árboles

y advirtió que la luna nunca salió. No recordaba que la luna no saliera todos los días y se asustó, entró rápidamente a la choza y gritó el nombre de David muchas veces.

—¿Qué quieres? —dijo David en un tono molesto y cansado.

—¡La luna!

—¿Qué tiene?

—Nada.

—¿Entonces?

—No, me refiero a que...

—¡A qué te refieres!

—No está.

—¿Y qué pasa?, hoy no hay luna y ya.

—¿Cómo que no hay luna?, la luna siempre está ahí, no se va.

—¿Esto es una broma?

—¡No!, ¡por qué lo sería!

—¡Yo qué sé!... deja dormir.

Martín no entendía nada. Esa noche no pudo dormir, se quedó afuera mirando las estrellas y tratando de recordar algo. A veces le venían a la mente imágenes sin sentido, nada que entendiera, aunque estaba seguro de que tenía algo que ver con su pasado. «¿Y si yo tumbé el avión y no lo recuerdo?... Pero no es posible, Pablo lo hizo», se preguntaba y se contradecía a él mismo.

—¡Martín!, ¡Martín!

—¿Qué quieres?

—¿Lo de ayer era en serio?

—¿Qué cosa?

—Lo de la luna.

—Sí.

—¿En serio no recuerdas cosas tan simples como esa? Prácticamente olvidaste todo excepto tu nombre.

—No, mi nombre lo vi en un tiquete, lo que recordé fue mi edad. ¿Tú puedes contarme algo sobre el choque?

—Lo único que recuerdo es que estaba en una silla y después el avión empezó a caer en picada. Luego empezó a llover mucho de un solo lado del avión, la turbina se incendió y desde la silla que estaba atrás de mí, el avión se rompió. Una maleta cayó en mi cabeza y desperté tirado en el piso de un bosque.

—Vamos, debes acordarte de algo más —dijo Martín ansioso.

—¿Cómo qué?

—No sé, qué pasó conmigo, quien se levantó antes de que se chocara, cosas así.

—Pues tú estabas en la fila delante de mí y Pablo estaba en la primera fila. Creo que todos los de la fila uno hasta la siete sobrevivieron. Cuando se incendió la turbina el sistema de ventilación se rompió y te cayó todo en los ojos, o eso creo. Luego vi que tu cuerpo se fue hacia un lado, te desmayaste y no sé qué más pasó. Ah sí, tu mamá no estaba ahí y las dos filas delante de la tuya estaban vacías. Pablo se había parado al baño antes de que el avión empezara a caer.

—¡Wow!

—¿Qué?

—No recordaba nada de eso, y... ¡yo sabía que Pablo tumbó el avión!

—Sí, pero... ¿Pablo qué pudo hacer en el baño con esa navaja para tumbar el avión?

—Debió salir y no te diste cuenta. Voy a encontrar a ese infeliz —dijo golpeando el piso con la mano izquierda.

El «vendaje» que David le había puesto se cayó. Aunque Martín ya se había olvidado de eso, cuando vio su dedo corazón, se percató de que la primera falange estaba totalmente azul. No logró gritar del miedo que tenía, por el contrario, se puso pálido como la nieve real y se quedó muy callado. Luego miró a David y vio que la mancha azul también había crecido en él, estaba por arriba de su cuello. Martín volvió a cubrirse los dedos de los lados y empezó a caminar en línea recta.

—Oye, ¿a dónde vas? —preguntó David, pero Martín no respondió y siguió caminando. David cogió una maleta que tenía, guardó ahí la comida que le cupo, la lanza que sobresalía por el lado izquierdo, unas cuerdas que tenía y empezó a seguir a Martín.

—Martín, oye, responde, ¿a dónde vamos? Oye, oye.

Fueron unos treinta minutos caminando en línea recta sin hablar.

—¡Playa! —dijo David

—¿Qué?

—Por fin hablas, ¿no?... ¡Una playa!

—¿Dónde?

—¿Y ahora tampoco ves? —Martín lo miró con expresión seria—. ¡Ahí entre esas dos rocas!

—¿Eso quiere decir que estamos en una isla?

—No necesariamente.

Los dos empezaron a correr hacia la playa creyendo que encontrarían una ciudad o alguna forma de civilización.

—¿Por qué quisiste venir hacia acá? —dijo David mientras corría.

—No sé. Si caminas en línea recta eventualmente llegarás a algún lugar, o a la playa, o regresarás al mismo punto. La tierra es redonda.

—Estabas bien al principio, pero creo que el choque te dañó un poco la cabeza —respondió David con ironía.

Cuando llegaron a la playa se dieron cuenta de que no estaban completamente mal. Encontraron un pequeño poblado hecho de troncos, palos, hojas y cosas naturales, pero no había nadie.

—¡Martín! —dijo David emocionado—, aquí hay más sobrevivientes.

